

DEL CREDO LEGIONARIO AL DECALOGO DEL CADETE

por ANTONIO MACIA SERRANO

General de Brigada de Infantería

I

Escoger colaboradores, lo que ahora se llama formar equipo, es arte de selección muy difícil. Aún es empresa mayor, que exista la comprensión mutua y eficaz para lograr el acierto que se desea. Quizá ningún hombre de nuestro tiempo —y éste es su mejor recuerdo como modelo y ejemplo— sea el del «Coronel», Primer Jefe de la Legión Extranjera, José Millán Astray. Se aprecia muy claramente cuando se leen estos tres párrafos que escribió en 1922, prólogo al libro *Marruecos, Diario de una Bandera*, del comandante Franco. Dice así:

Al comandante Franco le vi por primera vez en Valdemoro; habíamos ido allí a un curso de tiro. Me nombraron entre todos los compañeros encargado de hacer la Memoria y busqué, entre los que allí había, quiénes me habían de ayudar en tan ardua labor, y entre ellos, y por natural impulso, por simpatía personal tan sólo, invité, entre otros, a Franco; de aquí nace nuestra amistad y alto concepto que tengo de este Jefe.

Cuando hube de organizar la Legión pensé cómo habían de ser mis legionarios y habían de ser lo que hoy son; después quiénes serían los jefes que me ayudasen en esa empresa, y designé a Franco el primero, le telegrafí ofreciéndole el puesto de lugarteniente, aceptó enseguida, y heos aquí trabajando para crear la Legión; los oficiales los elegí en la misma forma y así, llegaron Arredondo el primer capitán; Olavide, el primer teniente, y todos los demás.

El comandante Franco es conocido de España y del mundo entero por sus propios méritos, y las características que ha de reunir todo buen militar, que son: valor, inteligencia, espíritu militar, entusiasmo, amor al trabajo, espíritu de sacrificio y vida virtuosa; las reúne por completo el comandante Franco. Pasad a leer su libro, y aunque él no habla de sí mismo, ni hace del libro coro de interesadas alabanzas de sus compañeros, de la lectura

iréis obteniendo quién es Franco y quiénes son los legionarios y los oficiales de la Legión.

En el trasfondo de esta elección se presiente el *Credo de la Legión*, esquema de virtudes y acciones del legionario y que van del valor a la muerte. De los doce artículos de que consta, diez hablan al espíritu. El teniente coronel Millán Astray, gran conocedor de hombres, ve, siente, toca esas virtudes en el comandante Franco. En su entusiasmo, en sus méritos y carácter; pero, además, subraya: la vida virtuosa, inteligencia y amor al trabajo.

No se equivocó en nada el teniente coronel Millán Astray. El mismo comandante Franco, cuando andando el tiempo —junio de 1923—, es ascendido a teniente coronel y se le da el mando de la Legión, sobre esas máximas del *Credo* que definen y precisan en síntesis a la Legión, escribirá en las *Previsiones e instrucciones de Paz y Guerra* o de *Régimen Interior*, preceptos como éstos:

Hacerse querer y desear de sus superiores y querer y respetar de sus inferiores debe ser el norte del oficial legionario.

La manera de mandar influye mucho en la manera de obedecer.

El cariño de sus superiores compensará al legionario la falta de familia.

Jamás la Legión ha de estar ociosa, si quiere conservar las cualidades guerreras.

El egoísmo en el combate es el puente de la cobardía.

Estas frases definen, por ellas mismas, la propia estimación, el alto concepto de la jerarquía y el mando, el modo y la manera de la moral en paz y en guerra y al mismo pensador, al teniente coronel Francisco Franco, como eminente tratadista militar en estos folletos del que es autor y que titula:

Previsiones a las Banderas.

Instrucciones Generales de Paz y Guerra.

Instrucciones Generales para el Régimen Interior del Cuerpo.

Las *Previsiones* no llevan pie de imprenta. No así las *Instrucciones* en las que campea en su portada la de Arturo Sierra / Ceuta. Ninguna tiene fecha de impresión. Posiblemente fueron publicadas en el mismo año de 1923.

Las Previsiones a las Banderas

En cuanto toma el mando del Tercio acude unos días junto a cada Bandera para ver cómo actúan y qué posibles diferencias entre ellas hay que armonizar y coordinar. En cuanto se ha formado una idea de conjunto, redacta unas *Previsiones e Instrucciones*, firmadas, que fomenten la unidad de doctrina y de estilo legionario, empezando por recordar a los oficiales que «La forma de mandar influ-

ye esencialmente en la forma de obedecer». No es sino el principio de la ejemplaridad y del prestigio, esencia y secreto de todo el mando militar. El lo sabe muy bien, pues desde su más temprana juventud ha tenido que practicar las difíciles flexibilidades y fragilidades del mando, incluso a hombres de edad muy superior a la suya y de más experiencia.

Las *Previsiones a las Banderas* son en síntesis y brevedad, un tratado militar muy completo de materia organizada con este índice: *El mando. Las órdenes. La instrucción. El servicio. La marcha. El combate. El trato. La desertión. Los ranchos.*

Le apoyan y definen conceptos morales y didácticos específicamente legionarios. Es un código del honor que transpira y transmite unión y unidad. Así dice:

En la Legión todos somos hermanos, las glorias de uno son las glorias de todos y las glorias de nuestra Bandera, nos pertenecen una a una, porque su paño le tenemos con sangre legionaria.

Otras veces marca un punto de meditación como el que prefija en el *Combate*:

Es de muy poco gusto militar discutir después del combate y jamás se debe incurrir en el proverbio ruso que dice: Después del combate hay muchos valientes.

El optimismo y la confianza, su sonrisa física habitual, resplandece en sus letras cuando dice:

Hemos llegado a ser temidos; conservar la leyenda y aumentarla... En los ataques dar gritos y hacer cuanto pueda influir en el carácter impresionable de los moros disminuyendo su moral. A sus ataques responder con timos y bromas. No poner en duda jamás el éxito de la empresa. El legionario vence siempre.

En resumen, las *Previsiones* son pura y categóricamente una ordenación normativa del cumplimiento del deber militar desde el punto de vista específicamente legionario.

Hay un momento en las *Instrucciones* en que su redactor parece tener presentes los comentarios napoleónicos al *Príncipe* de Maquiavelo. Cuando explica que el legionario ha de sembrar el terror, la muerte y la desolación, lo hace con una expresividad imperativa muy semejante a aquélla con que Bonaparte contradice el consejo de piedad hacia el enemigo que ofrece Maquiavelo. En su nota al pie, se exalta, indignado, llamándole *buenazo* y *pobre hombre*, estampando su máxima de «¡acuchillar!, ¡aniquilar!, ¡aterrorizar!, ¡hacer añicos!, ¡asolar!» Franco después de explicar que para que se tema a la Legión es inevitable sembrar el terror y la muerte, incluso atacando con gritos y alaridos que amedrenten al enemigo, añade, a renglón seguido, una aparente contradicción que no se sabe si es utilitaria o puramente moral, reflexionando que debe dejarse una sa-

lida al enemigo que huya, pues si se le obliga a batirse a la desesperada, nos ocasionará más bajas. El consejo es pues, sólo práctico; su final lo es más, duro incluso, mas como la guerra misma, que no admite debilidades. Franco aconseja dejar una salida al enemigo que huye apretado por varias partes y, si es posible, «batirle en ella». Es la guerra y más, la guerra en territorio hostil, que en cualquier lugar y momento, en cualquier persona, puede ocultar la muerte.

En otras de sus pequeñas páginas dejará escritas estas palabras sobre el trato al legionario, asombrosas para quien tiene de él esa idea estereotipada de crueldad, casi inhumana: «Ordeno taxativamente que al soldado, en el frente, en el campamento y en la retaguardia, se le dé un trato humano y *cariñoso*». Cariño al legionario, parece una antinomia y sin embargo Franco sabía bien que con cariño, esencial al hombre, por rudo que sea, se evitan los grandes conflictos y a veces las tragedias. La hermandad legionaria, y el cariño fraternal, ya entre ellos, debe llegar más allá de la muerte, por eso exige: «Después del combate, todos los legionarios deben volver, vivos, heridos o muertos». Está en la esencia del Credo Legionario. El teniente coronel jefe, que es Franco, apostilla aún bajo esta frase, una nota de su mano: «Rescatar los cadáveres, aún a riesgo de perecer todos».

Las *Instrucciones Generales de Paz y Guerra* se abren con un prólogo que es el *Credo de la Legión*. En el que el quinto *Espíritu*, el de *Unión y Socorro* aparece así: «A la voz de ¡A mí la Legión! acudirán todos y defenderán al legionario que pida auxilio.» Desaparecen las clásicas afirmaciones: *Sea donde sea y con razón o sin ella*. Entrando en la nueva redacción del texto de este *Espíritu*, parecen implícitas y confiadas a la iniciativa y responsabilidad, cualidades muy sustantivas de toda personalidad —diríamos *ego*— legionaria. Personalidad, responsabilidad e iniciativa, por esta escala, tanto del que dé la voz como las del que acuda o los que acudan.

En verdad, las *Instrucciones* son una reedición corregida y aumentada de las *Prevencciones* en cuanto a detalles prácticos de táctica: *Enlaces. Tiro. Escuadras. Posiciones. Avanzadas. Vigilancia. Blocaos y otros conceptos*.

Se completa con la transcripción de algunos artículos del Reglamento en Campaña y otros apéndices y con croquis de las formaciones de la Bandera. Todo está previsto y escrito precisa y minuciosamente sin dejar lugar a dudas. Inspiradas en el *Credo*, las ordenanzas militares y distintos reglamentos les da estilo claro, vivo, dinámico, clásicamente militar. Clásico, en cuanto sirve de modelo; militar, porque todo se resume en concreción sobre el valor y el honor ordenados desde el escalón de la clase de tropa:

El cabo no es un guerrillero más valeroso y distinguido; el cabo tiene una acción de mando que hay que cultivar y fortalecer. Hasta la Legión entera.

LEGIÓN EXTRANJERA

Prevenciones
a
las Banderas



Teniente Coronel Franco



LEGIÓN

EXTRANJERA

Instrucciones Generales

para el

Régimen interior del Cuerpo

POR EL

Teniente Coronel Franco

ARTURO SIERRA
CEUTA

245

Siendo jefe de la Legión en 1923, publicó Franco tres cartillas de Instrucciones. Una de ellas titulada *Instrucciones Generales de Paz y Guerra*, eran reedición ampliada de las *Prevenciones a las Banderas*, cuya cubierta reproducimos junto a la de *Instrucciones para el Régimen Interior*, la única que lleva pie de imprenta.

Fomentar la gloria del Cuerpo y que los que mueran lo hagan vitoreando a la Legión.

El entusiasmo y la audacia, así como lo cauteloso y convincente dan fondo a lo preceptivo que se encierra en estas *Instrucciones*. El equilibrio entre esos valores factoriales del mando, desde el concepto a la decisión y práctica, procede de una grave meditación para poner en manos de los subordinados una serie de normas capaces de despejar y resolver cualquier eventualidad de circunstancias y hasta de duda moral para cumplir con el deber. Eventualidades y dudas que tantas veces se presentan en las situaciones del combate.

Las *Instrucciones Generales para el Régimen Interior del Cuerpo*, son una serie de normas para la administración y funciones orgánicas y logísticas de los mandos.

Están inspiradas, o mejor tienen su apoyatura, en los *Reglamentos de Campaña y el de Contabilidad y Régimen Interior de los Cuerpos*.

En todo su conjunto, las *Instrucciones* son exactas, minuciosas y detallistas. Sobre todo en los apartados que se refieren al armamento y prendas, cargos y depósitos. Las llamadas de atención al cuidado en diarios de operaciones y en las relaciones de bajas ocupan lugar destacado.

Las *Instrucciones* están llenas de sorpresas, que saltan de sus líneas más prosaicas y administrativas. Como esa de advertir que en las relaciones de bajas de tropas se señale la sección a que el muerto o herido pertenece, por el nombre del oficial que la mandaba durante la operación, ya que ese será un detalle computable para concederle el distintivo de permanencia en el Tercio, pues para otorgarlo sólo se consideran operaciones aquellas en las que haya bajas en la unidad del oficial que aspira al distintivo. Con esta medida de carácter práctico, se formenta algo tan español como el atender al nombre del jefe y tenerlo presente hasta en los momentos más críticos, lo que favorece el espíritu de la unidad y el de emulación con otras, personalismo al que siempre tendieron nuestros soldados, presumiendo del apellido de quien mandaba su unidad, grande o pequeña. Alguna vez fue perjudicial, en la guerra de Liberación, por excesiva rivalidad y dificultad en la sustitución de mandos, pero en general, estimulaba el espíritu combativo y fomentaba el precepto ordenancista de que todos los soldados sepan los nombres de sus jefes.

Tanto las *Prevenciones* como las *Instrucciones*, obras menores para orientación, uso y cumplimiento en la Legión eran casi desconocidas.

Es interesante leerlas despacio, meditándolas; permiten estudiar y ver, casi radiográficamente, el sistema del éxito del mando en la Legión y la proyección para otras empresas más grandes y de una posteridad internacional y de siglos del que fue Generalísimo Francisco Franco.

No son letra muerta. En ella se vierte el autor con todo el entu-

Decálogo del Cadete

Tener un gran amor a la Patria y fidelidad al Rey, exteriorizado en todos los actos de su vida.

Tener un gran espíritu militar, reflejado en su vocación y disciplina.

Unir a su acrisolada caballería constante celo por su reputación.

Ser fiel cumplidor de sus deberes y exacto en el servicio.

No murmurar jamás ni tolerarlo.

Hacerse querer de sus inferiores y desear de sus superiores.

Ser voluntario para todo sacrificio, solicitando y deseando siempre el ser empleado en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga.

Sentir un noble compañerismo, sacrificándose por el camarada y alegrándose de sus éxitos, premios y progresos.

Tener amor a la responsabilidad y decisión para resolver.

Ser valeroso y abnegado.

Francisco Franco
General Director

siasmo de su serena y prudente juventud; leal y fielmente define y equilibra en estos escritos esa angustiosa y permanente duda de medios y modos a emplear para conseguir con el mayor acierto el objetivo, aun a costa de grandes sacrificios, y haciendo siempre del mando «condición grata y llevadera».

II

El Decálogo del Cadete

Una vez más, acabada la campaña de Marruecos, ya ascendido a general y al frente de la primera Brigada de Infantería, de guarnición en Madrid, se requiere a Franco para un destino de nueva creación: La Academia General Militar en Zaragoza, de la que se le confía su puesta en marcha y dirección.

No puede ni quiere olvidar el general su tiempo legionario, el cual le lleva a dictar el *Decálogo del Cadete*.

Debió pensar mucho Franco el *Decálogo* antes de darlo por bueno; si siempre corregía sus escritos, de éste debió hacer varios borradores y hasta el último tendría tachaduras, al menos tenemos derecho a imaginarlo así mientras no se demuestre lo contrario.

Durante mucho tiempo, quizás siempre, el *Decálogo* sería su obra literaria preferida, acaso junto al discurso de la disciplina. Hay motivos sobrados para suponerlo, pero la prueba de que el texto de su *Decálogo* le dejó satisfecho, es verlo citado en el discurso, donde lo llama credo, quizá por un impulso subconsciente y por su paralelismo en el Credo de la Legión: «Nuestro *Decálogo del Cadete* recogió de nuestras sabias *Ordenanzas* lo más puro y florido, para ofrecérselo como *credo indispensable* que prendiese en nuestra vida».

Lo explica así un comentarista:

Sabe perfectamente que la Legión se ha batido con ese entusiasmo y ese coraje, porque tiene como dogma aquel Credo que le dio Millán Astray y que hace volverse a los truhanes en caballeros y convierte a los tímidos en héroes.

Ciertamente, los caballeros cadetes no necesitan ninguna pública profesión de fe, porque la llevan ya en sus conciencias antes de ingresar, pero requieren, precisan para toda su conducta militar, un Código de Honor. Franco se lo da y con aquella misma pasión por las Ordenanzas que sentía Galbis su predecesor, fundamenta en sus artículos diez preceptos básicos y forma con éstos el Decálogo del Cadete.

El mismo Millán Astray había inspirado el Credo de la Legión en una lejana sugerencia:

En el Bushido inspiré gran parte de las enseñanzas morales que inculqué a los cadetes de Infantería, en el Alcázar de Toledo, cuando tuve el honor de ser maestro de ellos en los años 1911 y 1912. También en el Bushido apoyé el Credo de la Legión. El legionario español es también samurai y practica las esencias del Bushido.

Los primeros discursos

Mas los discursos, y quizá especialmente aquel de Ben Tieb, debieron impresionar al general Primo de Rivera tanto como la genial destreza de Franco al conducir la Legión en Xauen y Alhucemas. Del de Ben Tieb es este párrafo clave:

Cuando nosotros pedimos seguir adelante, no es para nuestra comodidad y conveniencia, pues bien sabemos que, al cumplir la orden de avance, la vanguardia nos corresponde a nosotros y el camino de conquista va regado por nuestra sangre y escoltado por los muertos que dejamos en la marcha.

Eso incitaría a nombrársele Director de la Academia General Militar. El mismo día de la inauguración del centro, 5 de octubre de 1928, como siempre, fiel a sí mismo, Franco pronuncia ante el Presidente del Gobierno unas palabras muy miméticas de las anteriores, remontándose en su propia oratoria y ya en posesión de un estilo muy suyo:

No es la vida militar camino de regalo y deleite como os hemos anunciado, encierra grandes penalidades, trabajos y sacrificios; gloria también, mas como las rosas, surge entre las espinas.

Aparte de las órdenes extraordinarias, normas, juicios e improvisaciones; son dos grandes discursos y una orden, las piezas fundamentales que le elevan a un primer rango de escritor militar; el saber decir lo que quiere decir. Son éstas:

Orden extraordinaria con motivo del fallecimiento de S. M. la Reina María Cristina.

Discurso de apertura del primer curso, 1928.

Discurso de despedida por supresión de la Academia, 1931.

La orden con ocasión de la muerte de la Reina Madre es un prodigio de gratitud y delicadeza. En su parte sustantiva dice así:

Es el año 1885, cuando, con la Regencia, echa sobre sus hombros la pesada carga del Gobierno de España. Con ella sufre y vive sorteando las más violentas tempestades de gobernar, en que a la preocupación de los destinos de la Patria se unió la de los cuidados del Rey niño, al que en mayo de 1902 entrega la corona después de diecisiete años de Regencia.

Es de un fervor puro y simple. Apenas si hay adjetivos. Es todo un modelo de emoción y sobriedad.



El Ministro de la Guerra francés, André Maginot, junto al General Franco, en su visita a la Academia General de Zaragoza en octubre de 1930.



El 10 de diciembre de 1930 desfilan los cadetes ante Franco y el general Chavineau, Director General de la Escuela de Ingenieros de Versalles, que preside una comisión francesa. Por la izquierda: El comandante Conquet, los tenientes coroneles Frère y Condanne y el jefe de Estudios de la Academia de Zaragoza, coronel Campins.

El discurso de apertura del primer curso, en realidad de inauguración de la Academia General Militar, es notable por su construcción cimentada en tres puntos claves:

La presentación del profesorado: La fundamenta en su experiencia pedagógica, escuela práctica de la última campaña y la presencia y veteranía de la guarnición modelando una continuidad dinámico-histórica que enlaza con:

La síntesis y antecedentes de la antigua Academia General Militar para llegar a la fase: «Es la historia que vuelve», oración angular que cierra el discurso.

El estilo sobrio, solemne, sólo en la fase final puntúa como exhortación, queda en alocución elegante por su altura y discreción. Estas son dos calidades destacadas del Caudillo Franco, tanto en su carácter como en toda su vida y su obra.

El discurso de despedida responde y sortea otras motivaciones y todo él es pura exaltación.

La supresión de la Academia General Militar y la brevedad de sólo tres años de funcionamiento, la hace historia, siempre acompañada de una íntima satisfacción, al tiempo que pasa revista a las grandes novedades en materia didáctica y dogmática aportadas por el centro que ha dirigido. Desde hacer desaparecer las enfermedades venéreas hasta suprimir las novatadas, así como anular la recomendación y el favor, para pasar al ataque:

Revolución profunda en la enseñanza militar, que había de llevar como forzado colorario la intriga y la pasión de quienes encontraban granjería en el mantenimiento de tan perniciosos sistemas.

Destaca después las altas cualidades que inculcó la Academia para culminar en otra frase que mueve a la exhortación: «Se deshace la máquina pero la obra queda», resaltando sobre todas las virtudes militares la que siempre ha de resplandecer: la disciplina. La ve fácil, sin mérito, cuando el mando es «condición grata y llevadera»; pero que significa sacrificio callado y sumiso, cuando esa «condición» es ingrata, constante y molesta. Pero aún así, la exalta como ejemplo.

Se ha hecho ya tópico hablar de la definición de disciplina que Franco hizo en su famoso discurso. Hasta ahora mismo se sigue manteniendo tal idea. Es hora de aclarar, que aquellos agudos conceptos del discurso de despedida expresan solamente un aspecto de la disciplina, el más extremo, que señala una polarización de su esencia, exclusiva para una situación límite, como aquélla en la que se mantenía disciplinado quien hablaba, cuando el corazón pugnaba por alzarse en íntima rebeldía y la razón le aconsejaba lo contrario de lo que se le mandaba. La disciplina, concepto complejísimo, «nunca bien definida», como él dijo entonces, requería atender a una serie de elementos delimitadores que encerrasen en sí el conjunto de virtudes militares, casi todas, que la disciplina comprende, puesto que

la disciplina es al militar, lo que la regla al monje, y aún algo más..

Luego subraya con signos positivos y negativos otras virtudes como: el patriotismo, el compañerismo, el honor, la caballerosidad, la hidalguía y el deber. Nunca dejándolas cristalizadas en definiciones, estimaciones o exaltaciones. Muy al contrario dinamizándolas y proyectándolas hacia el porvenir.

Nuestra obra sois vosotros, los 720 oficiales que mañana vais a estar en contacto con el soldado, los que vais a cuidar y a dirigir, los que, constituyendo un gran núcleo del Ejército profesional, habréis de ser, sin duda, paladines.

Esta es quizá la fuerza más exultante de esta alocución, y, posiblemente, la primera entre tantas como escribió el Generalísimo. Ciertamente perfilada todo ella en estos puntos cumbres:

Labor de la Academia.

Novedades de su enseñanza.

Contraste de virtudes militares.

Dinamismo y proyección de conceptos.

Todo especificado sin apasionamiento en este discurso, núcleo vital de otros de etapas básicas y fundamentales para España. Si quintaesenciásemos una a una estas palabras, se encontraría el secreto y el contraste de toda esa gran obra que es la vida de Francisco Franco para España y que se puede encerrar en estas pocas: *Para seguir adelante hay que mirar atrás.*